

XILOCA 3
págs. 243-246
1989

TRADICION CELDANA: ZAIDIA

Pascual Deler

A finales del siglo XI erguía sobre el alcor más oriental de la serranía de Albaracín un castillo. Grave, señorial, altivo. Había junto a él algunos caserones de piedra. Blasonados. Y otras viviendas más modestas de tapia y aljor. Todo el recinto estaba amurallado. El adarve y tres portales permitían el descenso a la inmensa planicie que los árabes llamaron sahla –llanura–. De este importante accidente geográfico había tomado precisamente su nombre La Sahla, el taifato cuya capital fue Albaracín.

El lugar se llamaba entonces Celfa. Hoy Cella. Aquí sitúa la tradición una trágica, pero hermosa, apasionante leyenda: ZAIDA –en árabe, pescadora–.

I

Tendía la noche su oscuro cendal festoneado dealconcillas. Gemía el viento en los aljarafe y en las almenas. Golpeaba la lluvia en los tragaluces y claraboyas. Habían enmudecido los perros en los almizcates.

Dentro del castillo crepitaban los troncos de pino y de carrasca en la chimenea del espacioso salón. Ascendían amarillas y rojas las llamas. En el centro de la estancia había una gran mesa de nogal. Torneada. En su derredor, amplios sillones con asiento y respaldo de cuero. Dos grandes tapices colgaban de las paredes. Escenas de guerra en uno. De cacerías en el otro. Completaban el parámetro espadas y alabardas, yelmos y adargas, pífanos y trompetas, guanteletes y fustas.

El resplandor del fuego iluminaba los severos rostros de cuatro personajes que sentados, dos a dos, frente a frente, conversaban discretamente. Eran estos: Garcí

Núñez, alcaide del castillo y señor de Celfa; Cabello, Dolz y Espejo, ricos hombres de la plaza.

Es conocido por vosotros —decía Garcí Núñez— y aún por toda la población que Melek, el hijo de Abú Meruán, valí de Albarracín, pretende la mano de Zaida, mi adorada y única hija. Y os es notorio también que Hernando, el conde de Abuán, no oculta su intención de poseerla en matrimonio. Zaida respeta y admira a Melek y ama apasionadamente a Hernando. Pero al ser heredera de mi señorío, su matrimonio afectará a los intereses de Celfa. Por eso quiero que opinéis sobre las condiciones que pienso imponer a ambos pretendientes. Nuestro pueblo necesita agua para su inmensa campiña sedienta y en los frecuentes asedios que padece. Mi condición, pues, para el hijo del valí es ésta: que reconstruya el abandonado acueducto romano y que permita que lleguen por él hasta Celfa las aguas del Guadalaviar —Wad-el-Cebiad, río blanco—. Y para el conde de Abuán, esta otra: que busque y haga aflorar aguas abundantes en nuestros dominios. Concederé la mano de mi hija al primero que cumpla la condición impuesta. Y señalo para ambos un plazo máximo de tres años.

Cabello, Dolz y Espejo admiraron una vez más y alabaron el tacto político, la audacia, el interés por el pueblo demostrado por el alcaide.

Al día siguiente, dos alfaqueques, cabalgando sobre briosos alfaraces, se dirigían a Abuán y a Albarracín llevando sendos pliegos con la respectiva propuesta.

II

Hernando y Melek aceptaron lo exigido por el señor de Celfa. El verdadero amor no repara en sacrificios. Y la bellísima Zaida lo merecía todo.

El moro comenzó inmediatamente la reparación del acueducto. Desde la presa de Santa Croche, en las inmediaciones de Albarracín, hasta el azud o cenía de Gea en una primera etapa. Con alturas de treinta y seis metros sobre el nivel del río en determinados puntos del acantilado rocoso. Y luego, desde Gea hasta la cañada del Espligar. En galerías subterráneas de ocho metros de profundidad.

El conde, por su parte, inspeccionó minuciosamente cuantos sitios ofrecían indicios o señales de humedad en vallejos y hondonadas. Y se decidió a perforar al pie del entonces llamado Cerro de los Bandidos, hoy Cerro de San Cristóbal, donde manaban escasas hontanas.

Pero llegó un día a Celfa, Abuán y Albarracín la noticia de que el Cid se dirigía desde Monreal a la cercana aldea de Gallén. Abú Meruán y Garcí Núñez decidieron salir juntos a recibirle para rendirle pleitesía. Les acompañaron Zaida, Hernando y Melek.

Salió de Celfa la expedición. Hacía un día espléndido, radiante, caluroso. Llegados a la hontana donde se estaban haciendo las excavaciones, Hernando sintió sed y quiso apagarla. Sus arreos y arneses le dificultaban bajarse al suelo. Zaida descabalgó presurosa y le dió de beber formando con sus propias manos una espe-

cie de concha mientras lo miraba con embeleso. Melek presencié la inesperada escena y ardió en celos. Durante el camino se mantuvo distante, taciturno, esquivo. Y un siniestro pensamiento se albergó en su mente: eliminar a Hernando, su rival amoroso.

Dos días después, Hernando se dirigía desde Celfa al castillo del Canal, llamado de Santa Croche, cuyo dominio había recibido de su padre. Melek le esperaba apostado a mitad del trayecto. El sarraceno lanzó su corcel, embrazó el escudo y empuñó la espada blandiéndola contra el conde. Hernando esquivaba hábilmente los golpes, contraatacaba valerosamente y de un tajo certero hiende la cabeza del árabe. Aquel lugar es conocido desde entonces como Cabeza Hendida u Hoya del Moro.

III

Meruán juró por Alá vengar la muerte de su hijo. Y forjó su plan. Artera, astuta, perversamente. La constante presencia de Hernando en los trabajos del manantial facilitaría su empeño.

Tenía prisioneros en las mazmorras de su castillo por un delito de sangre a dos vasallos suyos, padre e hijo. Meruán ofreció al padre una fuerte cantidad de oro y la libertad de ambos. La empresa era de fácil ejecución: entrar el padre como obrero de Hernando, quien precisaba de brazos para terminar cuanto antes los sondeos; actuar con astucia; aprovechar el primer encuentro con Hernando y hundirle el puñal en el corazón. Las huestes de Meruán, emboscadas en los encinares próximos al lugar, le protegerían en su huida.

Y así se ejecutó la venganza de Meruán. Anochecía. Había cesado el duro trabajo de la jornada en el manantial. Hernando fue el último en salir del embudo. El esclavo sarraceno avanzaba senda arriba unos pasos delante del conde. Volvióse de repente y le asestó la puñalada. Huyó con la rapidez de un corzo y el encinar lo ocultó. El cuerpo de Hernando, herido de muerte, rodó al fondo de la hoya mezclándose su noble sangre con las límpidas aguas.

Zaida no pudo soportar tan trágica pérdida. El dolor dobló su vida en breves días como doblan los rayos del sol la espiga.

Cabello, Dolz y Espejo recibieron su último encargo: que no echasen en olvido el proyecto de Hernando sobre el manantial.

Y muchos años después, dueños de Celfa los Templarios, manos cristianas continuaron la empresa, horadaron la roca y lograron el abundoso pozo artesiano.

IV

...Y en las noches de luna llena, cuando las cristalinas aguas de la fuente de Cella reflejan las mil caprichosas figuras que las raudas nubes van formando, se ve de vez en cuando y por un instante la imagen de una hermosa mujer que está dando de beber con sus manos semejando una concha a un apuesto galán.

